

Presencia misionera burgalesa en Nueva España y Filipinas *

POR

TEÓFILO APARICIO LÓPEZ, OSA

PARTE PRIMERA

TRADICIÓN MISIONERA BURGALESA

I. FUNDACIÓN, MÁS QUE CONQUISTA

La empresa americana de España desde 1492 —ha escrito Julián Marías—, es algo muy difícil de comprender. Apenas es creíble que se realizara, en pocos años, con escasos recursos, con técnicas elementales, el descubrimiento, exploración, conquista, transformación del enorme continente. La eficacia de España en aquel tiempo —la virtud renacentista por excelencia— es absolutamente única. Pero lo original, lo que rara vez se ha entendido, es que esa actitud dinámica, de aventura y empresa, de innovación, tiene como núcleo vivificador lo que había sido el proyecto histórico de España durante toda la Edad Media: la condición cristiana, la identificación con el cristianismo, que ve como inaceptable el dominio islámico y como necesaria la recuperación de la España perdida, es decir, la Reconquista. Sin esa convergencia, la dilatación de España en lo que se llamó «las Españas», la creación de la monarquía católica en los dos hemisferios, no se comprende, y se malentiende como una empresa

* Conferencia pronunciada en Burgos, en la *Semana de Misionología*, el día 22 de julio de 1986.

colonial, comparable a la de otros países europeos, especialmente en los siglos XVIII y XIX.

Por su parte, Carlos Pereyra ha dejado escrita esta lapidaria frase: «Ni Cortés, ni los otros fundadores pertenecen a la España peninsular». Y a decir verdad, no cabe mayor hispanismo en tan lacónica sentencia, adornada por una certeza de grueso calibre: porque *fue fundación, más que conquista*, lo que España llevó a cabo en América, y por la que se derramó haciéndola prolongación de sí misma. Esto lo ratifica el historiador mexicano cuando escribe: «España había crecido, pero su expansión era algo que no corresponde a lo que hoy se llama colonialismo. América formaba una extensión de las provincias peninsulares».

Resulta curioso el comprobar que, en plena conspiración, el llamado «Libertador», Simón Bolívar, se denominaba a sí mismo «español-americano». Justamente lo que fue Hernán Cortés, y con él su huerte entera, desde el momento en que, con intrépida premeditación, ante la naciente Vera-Cruz, «dio con sus naves al través». Por lo que bien pudo decir el también escritor mexicano Salvador Cruz, en su Ensayo sobre *La juventud y el destino de nuestra América al examen de un pueblo*, lo siguiente. «No hay árbol viejo, ni rama nueva; sino tronco nuevo».

La imagen literaria es tan bella como fecunda; pero habrá que decir que tampoco los troncos nuevos brotan por generación espontánea. Este tronco nuevo de América —dirá en un hermoso artículo José Luis Castillo Puche— ha brotado de alguna raíz vieja, de alguna semilla nueva. Que tan peligroso es decir que todo fue trasplante o injerto, como atreverse a afirmar que lo hispánico no ha sido más que suave o bronco oreo sobre sus ramas.

La vida es siempre más fuerte incluso que la misma Historia y las semillas, aun aquellas que se caen al azar —no ya las providenciales— algún día brotan. Lo cierto es que no hay tronco nuevo sin una raíz vieja. Como es cierto, igualmente, que los árboles fenecidos, incapaces de expandir semillas, no sobreviven al desfile de los siglos. Entre tierra y cielo —indigenismo y espiritualidad hispánica— tendrá que discurrir el curso de los quehaceres americanos.

II. PIONEROS DE LA IGLESIA MISIONERA EN NUEVA ESPAÑA

Tenemos que confesar noblemente que, en la conquista espiritual de la Nueva España, el primer puesto se lo han ganado, en buena lid, los hijos de San Francisco; como se lo ganaron, también muy merecidamente, los hijos de San Agustín en las Islas Filipinas.

Es verdad que el primer contacto misional en México se debió al sacerdo-

te secular Alonso González, el cual arribó en 1517 a las playas de Yucatán. Verdad, también, que el religioso mercedario Olmedo y el clérigo Juan Díaz se llegaron hasta Cozumel el 1518; los mismos que acompañarán más tarde a Hernán Cortés en sus expediciones de conquista.

Esto no obstante, bien podemos afirmar que la labor misionera como tal comenzó con aquellos doce *apóstoles* franciscanos que el General de la Orden, P. Quiñones, encomendó al cuidado de fray Martín de Valencia ¹, jefe de aquella primera expedición española.

Hernán Cortés rindió lanzas y se descubrió reverente y devoto ante aquellos «pobres frailes», que venían a realizar la conquista espiritual de los pueblos que él iba dominando por las armas.

Estos varones apostólicos, «padres de la Iglesia mexicana», como se les suele llamar, y que llegaron a limarse los dientes —así nos dicen los cronistas— para hacerse entender mejor de los indios, «brillarán siempre como un ornamento de la Iglesia y de España. Con ellos nos vino la civilización —escribe el P. Cuevas—; y desde entonces existe un México civilizado» ².

Esta labor misionera franciscana se extendió luego a toda la América Española. A una con los dominicos y casi siempre adelantados, hacen sus giras apostólicas por las playas ardientes de Nueva Granada y por las tierras sagradas del Inca. Con Francisco Pizarro, aquel nuevo «Júpiter tonante», como alguien le ha llamado, que nunca supo de letras, pero que había nacido para ser rey, iba fray Marcos de Niza, fraile menor, el cual fundó en la ciudad de Trujillo, en la de Arequipa y Lima, extendiéndose luego por los valles, donde mantuvo con sus compañeros muchas doctrinas ³.

Desde el Perú y en compañía del conquistador Valdivia, marchó el franciscano fray Fernando de Barrionuevo para evangelizar Chile y reducir a los temidos indios del Valle de Araúco.

Y cuando don Miguel López de Legazpi —Adelantado y Capitán General

1. Fray Martín de Valencia, cuyo V Centenario de su nacimiento se celebra en este año, nació en Valencia de don Juan (León). Ingresó en la Orden Franciscana, tomando el hábito en el convento de Mayorga, perteneciente a la provincia de Santiago, para pasar después a la Recolección en Extremadura. Entregado a la reforma de la Congregación en la más estricta observancia y siendo ya Provincial, Carlos V le nombró jefe de la expedición de franciscanos —eran trece religiosos los que la componían—, que debía pasar a México, solicitada por Hernán Cortés para evangelizar a los indios. Al frente de la misma se trasladó a la Nueva España el año 1524, fundando la provincia denominada del Santo Evangelio y llevando a cabo él y sus compañeros un verdadero apostolado de fe, de humildad y de pobreza que logró desvanecer la prevención que los indígenas tenían contra los españoles, por los actos de avaricia y crueldad que habían practicado algunos de ellos.

2. CUEVAS, *Historia de la Iglesia en México*, El Paso 1928. Cit. por MONTALBÁN, M. de, *Manual de Historia de las Misiones*, Ed. Secretariado de Misiones, Pamplona 1938, p. 357.

3. MONTALBÁN, M. de, *La Iglesia avanza. Manual de Historia de las Misiones*, l.c., p. 380.

de la expedición española que llegó en 1565 a las Islas Filipinas— ruegue al rey de España Felipe II «sea servido de proveer y mandar que vengan religiosos y sacerdotes de buena vida y ejemplo que entiendan en esta Viña del Señor en la conversión de estos naturales que son muchos», los franciscanos arribarán a las islas de Salomón, descubiertas poco tiempo atrás por Álvaro de Mendaya, cediendo a las súplicas del Gobernador de Filipinas, dirigiéndose luego al Archipiélago de Magallanes para trabajar conjuntamente con los agustinos, que habían llegado justamente con la citada expedición de Legazpi, en la conversión de nativos tagalos.

Pues bien, muchos de estos frailes menores, hijos de San Francisco, habían profesado en el célebre convento del mismo nombre de la ciudad de Burgos, «un convento muy austero —nos dicen las viejas crónicas— y con unos frailes observantes y caritativos».

III. LOS HIJOS DE SANTO DOMINGO, EN LA NUEVA ESPAÑA

La Orden de Santo Domingo de Guzmán, el santo burgalés, de Caleruega, no se quedó a la zaga en lo que a evangelización de México se refiere, ya que su presencia en él fue muy temprana ⁴, llegando poco después de los franciscanos. Hernán Cortés los recibió con gran alegría, les besó devotamente su mano y les ofreció a su llegada —al igual que hiciera con los frailes menores— las tierras recién conquistadas. El cronista de la Orden, del reino de Nueva Granada, nos dice un tanto pomposamente que, después de estar en la isla de Santo Domingo, «salieron, como rayos de su estrella, doce religiosos para la Nueva España, y entraron en México el año 1526 con el venerable Padre fray Domingo de Betanzos y el Padre fray Tomás Ortiz, religiosos de mucha virtud y respeto, que venía por vicario de todos» ⁵.

Se distinguió entre todos y en aquella hora temprana el citado fray Domingo de Betanzos, verdadero padre de la Iglesia mexicana, el cual había nacido en la ciudad de León el año 1491, para morir en el célebre convento de San Gregorio de Valladolid el 1549.

Graduado en Leyes por la Universidad de Salamanca, tras unos años de peregrinación e intentos de vida eremítica, ingresó en la Orden de Predicadores en Salamanca el año 1522. Dos años más tarde, pasaba a la isla de la Española, y en 1526 se unía al grupo de compañeros que se dirigían a Nueva España. Apóstol también de Guatemala, fue designado obispo de este nuevo reino,

4. Ibid., p. 363.

5. ZAMORA, A., *Historia de la Provincia de Nueva Granada*, p. 20. Cit. por MONTALBÁN, o.c., p. 363.

cargo al que renunció. De nuevo en México, fue elegido provincial y, acabado su trienio, proyectó una expedición a Filipinas. No se le autorizó a ello y, después de un trabajo tan intenso como fructífero en la Nueva España, regresó a la Metrópoli como procurador de la Orden.

El primer grupo de misioneros se vio refrendado muy pronto, hasta el punto de que en el año 1530 pasaban ya de cincuenta los frailes predicadores que trabajaban en el antiguo y grandioso imperio de Moctezuma. Desde Nueva Granada, adonde se dirigieron enseguida, se unieron en 1532 a los expedicionarios del Perú, la expedición militar, tal vez, más ruda de cuantas se llevaron a cabo en el continente americano.

Con Pizarro iba el sacerdote secular Alonso de Medina. Fray Vicente de Valverde, dominico y compañero, asimismo, del conquistador del Perú, jugó un papel importante en la sumisión de los incas, siendo designado en 1535 primer obispo del Cuzco.

Valverde, junto con los seis compañeros que le acompañaban y otros ocho que llegaron muy pronto desde España, fijaron su residencia en el Cuzco, a la que hicieron centro de operaciones misioneras, y de donde partieron, gozosos, para el valle y la montaña, fundando convento e iglesia parroquial, hasta constituir una provincia independiente por el año 1533.

De fray Vicente de Valverde se cuenta que iba por doquiera predicando y enseñando la doctrina cristiana, hasta que cayó al pie del mismo altar, donde se encontraba diciendo misa, a manos de los indios de la isla de Puna.

Con todo, el que mejor compendia, tal vez, la vida misionera del fraile predicador en las Américas y Filipinas es fray Juan de Castro, primer Vicario General y provincial de Filipinas, «persona de tan gran virtud —escribe el cronista—, tan fervoroso espíritu, tanta prudencia, tan acertado y suave gobierno y, finalmente, de tanta perfección en todo, que cualquiera cosa que de él se diga, es mucho menos de lo que se le debe».

Es el P. Aduarte, insigne historiador dominicano, quien nos refiere la vida de este ilustre misionero. Era burgalés, nacido en la misma «cabeza de Castilla» y «de la gente noble de aquella ciudad». Por lo que hace a su progenitor, una vez que quedó viudo, dando de mano al mundo, se entregó totalmente a Dios, vistiendo el hábito dominicano en el monasterio de San Pablo ⁶.

Quedaba su hijo Juan en el siglo y confiado a unos parientes, en espera de que, llegada la edad pertinente, se le permitiera seguir los mismos pasos de su padre.

Una vez que profesó en el convento burgalés, se entregó al estudio de la

6. *Historia del convento de San Pablo de Burgos*. Se halla m.s. en el Archivo Municipal de esta ciudad.

Teología con tal entusiasmo, calor y adelantamiento, que en sentir del historiador citado, salió muy aprovechado, un gran colegial y luego un gran maestro ⁷.

Pero a fray Juan de Castro le llamaban desde horizontes invisibles; y él sintió como una juventud nueva, que vino a erizarle todos los puntos de su piel. Embarcó nuestro ilustre burgalés para Indias, concretamente para Guatemala. El mar se le ofreció en su imaginación como una lámina azul e inacabable. Era lo único que sabía del mar: que era azul y que era inacabable.

Trató el padre de impedir aquella travesía; pero fray Juan «no se dejó vencer de piedades humanas, sino que, atendiendo más a la divina, se fue para allá. Llegó a Guatemala, viviendo en ella muchos años con tanta religión que, con tener en todo tiempo Guatemala —y mucho más en aquel— varones ilustres en santidad y letras, «campeaba tanto entre todos ellos la virtud de la prudencia, el espíritu y la devoción del P. fray Juan, que le hicieron Provincial dos veces, argumento claro de haberle hallado bueno para padre y pastor».

Fray Juan de Castro tuvo que regresar a España para tratar graves asuntos de Indias con el rey Felipe II, el cual, al escucharle por primera vez, volviéndose a los consejeros, exclamó: «¡A santo me ha olido este venerable padre!».

Corrían por entonces buenas nuevas de las Islas Filipinas. El P. General de la Orden de Predicadores había mostrado su deseo de que acudieran a aquel lejano Oriente para compartir los trabajos misioneros y apostólicos con los hijos de San Agustín. «Oyéronse con particular gusto y devoción en las provincias de España —escribe el historiador dominicano— tan religiosas letras, y ofreciéndose luego a tan santa obra muchos y muy aventajados religiosos, de los cuales el primero fue el P. fray Juan de Castro, el cual en oyendo que se fundaba la nueva Provincia para la conversión de Filipinas y la gran China, luego sin reparar en sus muchos años y venerable vejez, con ánimo varonil, se ofreció a los muchos trabajos que tan grandes navegaciones y nueva fundación traen consigo».

He aquí, pues, al hombre que vuelve. Y como fray Juan de Castro sabe el eterno secreto, eternamente volverá. Volverá a su juventud para ser todo un héroe. Y más que un héroe, todo un santo; que es como le llamaron después. Se cumplía en él aquel sabio refrán que es mucha verdad: que se cree no lo que se entiende, sino lo que se desea.

7. ADUARTE, D. de, *Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China*. Imp. Domingo Gascón, Zaragoza 1963.

La edición que yo he usado es la publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1962.

Nuestro ilustre burgalés —aquí sí que podríamos decir también «burgalés de pro»— fue nombrado contra su voluntad superior mayor de la nueva fundación dominicana. Sorprendido por la rápida conversión de los nativos de Pangasinán, en Filipinas, invitó a fray Miguel de Benavides a que le acompañara al Gran Reino de la China, para cumplir, a lo Javier, un último deseo de su alma esencialmente misionera.

Con buen viento llegaron a las costas del Celeste Imperio. Pero avistados por la Armada, entraron en el navío algunos soldados y tomaron presos a nuestros dos misioneros. Un año pasaron esperando la sentencia del juez que nunca llegó. De regreso a Filipinas y residiendo en Manila, le sorprendió la propuesta del rey Felipe II, que le quería para la mitra de Veracruz. Fray Juan de Castro renunció, pues tenía hecho voto de no admitir dignidades eclesiásticas.

Era pobre fray Juan de Castro y pobre quería morir. Por eso, sintiendo cercana su muerte, se retiró al hospital de los llamados «sangleyes», pues deseaba entregar allí su vida al Señor, por estar más libre de visitas y por haber allí más lugar para estarse a solas con Dios ⁸.

IV. LOS ANTIGUOS CONVENTUALES, DE NUEVO EN BURGOS

Teresa de Jesús, alma fuerte y mujer sin igual, acababa de reformar el Carmelo, con ayuda de fray Juan de la Cruz, por lo que a los varones se refiere, encauzándolo principalmente por la vida de oración y contemplación mística. España había adquirido la conciencia radiante de su destino imperial y misionero. La encomienda que el rey Felipe II daba a sus capitanes y gobernantes de Indias era, sobre todo, la conversión de los pueblos recién conquistados. Los frailes carmelitas sabían de estas cosas y comentaban entre sí sobre la conveniencia de dedicarse también al apostolado. Y triunfó la idea misional en el Carmelo.

Fray Tomás de Jesús —español y no belga, como han querido hacerle algunos historiadores— pensó formar partido aparte y distinto del español y, así, se adhirió a la rama italiana, siendo enviado a Bélgica para trabajar en la verdadera Reforma Carmelitana.

Corría el año 1613 cuando fray Tomás de Jesús publicó *De procuranda salute omnium gentium*; libro que ha perpetuado su memoria a través de la historia moderna, principalmente porque en el capítulo III nos habla de la institución de la Congregación Romana de *Propaganda Fide* ⁹.

8. Ibid. o.c., vol. I, p. 309-14.

9. MONTALBÁN, M. de, *La Iglesia avanza...*, l.c., cap. IX, p. 459.

Fray Domingo de Jesús, prior General entonces de la Orden, promovió aquella feliz idea, y el papa Gregorio XV la instituyó en el mes de enero de 1622.

Aunque un poco tardíamente, los carmelitas se adhirieron a la labor misionera de ultramar y se encargaron de las fundaciones que les confió Propaganda Fide. Por lo que a nuestro tema concreto se refiere, llegaron nuevamente a Burgos, en afán de restauración, el año 1877 y, desde entonces, el colegio de los carmelitas de esta ciudad será el seminario de cuantos misioneros habrán de trabajar más tarde en la India y en Colombia.

Burgos fue el colegio Máximo de Teología de la Provincia de San Joaquín de Navarra. Después de la división de provincia en el año 1927, este convento vino a ser como la Casa-Madre de la Provincia de San Juan de la Cruz Burgense. «De este nuevo plantel de vocaciones religiosas —leemos— han salido la mayoría de los misioneros que trabajaron en las Misiones encomendadas a esta Provincia. En 1947, concretamente, los que se hicieron cargo de la Misión de Santa Teresa del Niño Jesús de Esmeraldas, en la república del Ecuador, patrimonio de la Orden Carmelitana desde el 1941».

Precisamente aquí, en la ciudad de Burgos y en el hermoso templo carmelitano, tuvo lugar la imposición de crucifijos el día 15 de octubre, festividad de la Santa Madre, del citado año. Ceremonia que se repitió en 1951, en la despedida que se hizo de otro grupo de misioneros carmelitas que partían para Esmeraldas y para la misión de San Miguel de Sucumbios, también en el Ecuador.

Entre los carmelitas burgaleses que podríamos citar con elogio, destacan fray Juan de Jesús, muerto en 1945, y Mons. Ángel M^a. de Santa Teresa, el cual, después de una larga y fructífera vida misionera, volvió de las Américas a España, recluyéndose en el convento burgalés, donde acabó felizmente sus días.

Son igualmente conocidos, en el apostolado misional, los PP. Juan Vicente de Jesús María, fundador de la revista «La Obra Máxima», que murió en olor de santidad en San Sebastián el 27 de febrero de 1943 y Monseñor Bernardo de Jesús, arzobispo de Verapoly, muerto en 1933.

V. LA COMPAÑÍA DE JESÚS, TAN APOSTÓLICA COMO PERSEGUIDA

Los hijos de San Ignacio fueron llamados a la Nueva España por la Real Audiencia y por toda la ciudad —se nos dice—, cuando vieron lo mucho y bien que trabajaban en La Florida y en la ciudad de La Habana, al igual que en el antiguo imperio del Inca.

Pero la Compañía de Jesús —siempre tan apostólica como perseguida por los enemigos de la Iglesia— sufrió un duro golpe al quedar abolida en el año 1773. Muy lejos quedaban los tiempos en que el rey de España Felipe II, pedía por medio de sendas cartas al provincial de Toledo y al general de la Orden, a la sazón San Francisco de Borja ¹⁰, que enviaran doce jesuitas a la Nueva España; súplica que fue debidamente cumplida el día 13 de junio de 1572, llegando los primeros misioneros de la Compañía a México el 28 de septiembre del mismo año, cuando la conquista espiritual estaba ya casi acabada, pero en la que había una gran labor que realizar.

El panorama que se le ofrecía al sucesor del papa Clemente XIII era oscuro, triste y amenazador. Ligas principescas —de modo especial, la ilustrada de los borbones europeos—, y peñas literarias, amantes del «fideísmo» y de la diosa razón, estaban empeñadas en aniquilar a la Compañía de Jesús.

Por lo que hace a España, el rey Carlos III —uno de nuestros mejores monarcas, en otro orden de cosas—, por razones que se reservaba en su real pecho y que solamente debían conocer los ministros Roda, Campomanes y Aranda, firmaba el decreto de expulsión de todos sus Estados.

Seguían presionando las cortes borbónicas ante el papa Giovanni Vincenzo Ganganelli, que era Clemente XIV, el cual cortó algunos abusos que se habían introducido en la Compañía. Pero, al fin, el jansenismo y el llamado «despotismo ilustrado» le obligaron a firmar el decreto *Dominus ac Redemptor*, del 21 de julio de 1773, por el quedaba disuelta.

Las Misiones donde se encontraban trabajando los jesuitas acusaron enseguida el golpe; de modo especial, en las célebres *Reducciones de Paraguay*, modelos de labor apostólica, social y religiosa. Pero surgió de nuevo la Compañía de Jesús, esta vez remozada, robusta y hasta arrolladora.

En Burgos abrió el colegio llamado de la Merced, a finales del siglo XIX. El antiguo monasterio benedictino de Oña lo convirtieron, en 1880, en Colegio Máximo de Filosofía y Teología. De una y otra comunidad han salido para todas las partes del mundo los seguidores de aque «divino impaciente» que se llamó Francisco Javier, el cual, de paso por esta ciudad, rezó ante el Santo Cristo de Burgos.

De Burgos y de Oña han partido los hijos de San Ignacio para China y para el Japón; para las Carolinas, la India y también Madagascar; para Arabia y las islas Filipinas; para las estepas nevadas de Alaska y para las repúblicas de Centro América, Venezuela, Colombia, México y Paraguay.

Por el claustro jesuita burgalés han pasado Monseñor Melendro, obispo

10. Estas cartas llevan la fecha del 26 de marzo de 1571 la primera, y poco después, en mayo, la segunda.

de Anking; Mons. Arámburu, obispo de Wuhu; y el P. Segundo Llorente, apóstol de nueva hora, humorista e ingenioso narrador de sus viajes por la citada Alaska.

VI. EL COLEGIO DE ULTRAMAR PARA MISIONES EXTRANJERAS, DE BURGOS

La España misionera, la España madre de muchos pueblos, plantel de santos y de sabios, de teólogos y fundadores, fue olvidando —en frase de Menéndez Pelayo— «su religión y su lengua, su ciencia y su arte, y cuanto le había hecho sabia, poderosa y temida en el mundo entero».

España aparecía como «cansada y fatigada». Con la célebre «Desamortización de Mendizábal», se había paralizado, prácticamente; la vida monástica, religiosa y misionera. «Los fuertes —escribía un celoso sacerdote burgalés— a todo se atreven; los débiles en todo temen. Los españoles del siglo XVI, en frágiles carabelas, buscan un nuevo mundo, lo hallan y con escasa gente lo dominan. Los españoles de ahora, aturdidos con recientes desastres, tienen su espíritu tan desmayado, que hasta el planteamiento de un Colegio de Propaganda Fide parece a algunos empresa que supera nuestras fuerzas. Pero mirándolo bien, ni la cosa es grande en sí, ni menos respecto a España, la cual, aunque débil y pobre, tiene muchos hijos llenos de patriotismo y de fe religiosa eficaz y ardiente».

Pues bien, en medio de este triste espectáculo y cuando ya no viven en Burgos los agustinos, ni los franciscanos, ni los dominicos, ni tampoco los jesuitas, un hombre apostólico, sacerdote ejemplar, culto y sencillo, fue el encargado de levantar la primera llama en el rescoldo dormido. Se llamaba Gerardo Villota y Urroz, y había nacido el 3 de octubre de 1839 en la ciudad cántabra de Santoña, de familia noble y distinguida.

Llamado por Dios al sacerdocio, estudió la carrera eclesiástica ¹¹, que hubo de interrumpir por sendos pronunciamientos militares, en los seminarios de Burgos, Corbán y Valladolid. En 1863 se licenció en Teología en el seminario de Toledo. Recibió el sacerdocio en Santander el año 1864, trabajando en las parroquias de Torrelavega y de Santa Lucía en la ciudad cántabra. Después de ser profesor y Vicerrector del seminario de Corbán, pasó a León en 1875 como secretario de Cámara del señor obispo don Saturnino Fernández de Castro. Con el mismo cargo vino luego a Burgos, en 1883, al ser trasladado a esta archidiócesis el citado prelado español.

Nuestro ejemplar sacerdote sentía en su corazón los impulsos misioneros

11. Estos datos los he recogido de la hermosa «Carta pastoral» que Mons. Platero, arzobispo de Burgos, publicó el año 1946, sobre el Seminario de Misiones Extranjeras de esta ciudad.

de los primeros días del descubrimiento de América. Y así, con deseos de hacer algo por las misiones de Ultramar, compró un edificio en la calle Fernán González, capaz de albergar hasta treinta muchachos.

Gerardo Villota y Urroz murió santamente el 22 de noviembre del año 1906. Bajaba al sepulcro —escribe el señor arzobispo de Burgos Mons. Platero— «con los ojos de la fe llenos de luz lejana de esperanzas; pero los ojos humanos apagados de amargor por la incomprensión de los suyos».

Mas la semilla estaba echada, y el pequeño *Colegio de Ultramar para Misiones Extranjeras* habría de servir «como de ensayo para otro que España, el Clero español y la ciudad de Burgos debía ampliar con el tiempo, según nos lo exigía la dignidad de nuestra historia y nuestra fe católica».

«Es nuestro deseo que uno de los proyectos que más acaricias —le decía en carta el papa Benedicto XV al cardenal Benlloc, arzobispo de Burgos—, sea el procurar, por cuantos medios estén a tu alcance, que dentro de los muros de Burgos se formen, aptos para el caso, jóvenes escogidos del clero, que se sientan llamados por Dios para evangelizar a los infieles, ya que guerra tan monstruosa y larga ¹² ha reducido a mermado número los pregoneros del Evangelio; vacío, por otra parte, que, no pudiendo llenarse con los colegios de Propaganda Fide, reclama que surjan nuevas instituciones similares, debidas a la generosidad de las naciones católicas».

En Burgos existía ya el colegio fundado por el venerable Villota. «Es singular providencia de Dios —decía el papa— el que encuentres ya en esa ciudad, sede para ti tan honorífica, como principios de obra de esa índole, puesto que no desconoces cómo Gerardo Villota, sacerdote de santa memoria, en su afán de ayudar, ora a las diócesis de América Latina, ora a las misiones de infieles, echó los felices cimientos (a más no llegaban sus modestos recursos) de un colegio que conste de dos secciones: la una para formar operarios que trabajen en diócesis constituidas, y la otra para la educación de misioneros».

Y le decía al amado arzobispo: «A tu desvelo incumbe cultivar ahora con todo esmero y dar calor de tal suerte a esa como semilla, que palpablemente, bajo la influencia de la gracia de Dios, se la vea convertirse en árbol corpulento del que puedan esperarse a su tiempo ubérrimos frutos».

El cardenal Benlloc, inteligencia grande en corazón mayor, —en frase bella de Mons. Platero—, aceptó por su parte la honorífica misión que le confiara el Romano Pontífice. «Toda España sabe lo que después sucedió —leemos en la carta Pastoral del citado arzobispo—. De los dos fines que Villota había propuesto para su pequeño colegio, uno misionero y otro americanista, acen-

12. El papa Benedicto XV trabajó incansable a favor de la paz durante la Primera Guerra Mundial, a la que alude en estas palabras.

tuó, como era voluntad del Sumo Pontífice, la sección misionera de la Propaganda de la Fe, a las Órdenes de *Propaganda Fide*, aunque para cumplir mejor la cláusula fundacional del colegio, al principio, al menos, combinó el fin misionero con el otro de trabajar espiritualmente en la América Latina, haciendo, así, que la primera Prefectura Apostólica del Seminario de Misiones se erigiese en tierra de misión americana, en la región de San Jorge, diócesis de Cartagena, Colombia».

Las gestiones del Emmo. cardenal Benlloc, eficazmente ayudado por el rector del Seminario de Misiones Extranjeras, D. Emilio Rodero Reca, proporcionaron al incipiente plantel misionero un día de júbilo, que fue el 27 de septiembre de 1922, cuando llegaba a Burgos la aprobación de la Prefectura por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

Del Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos sólo me cabe decir o, mejor, repetir las palabras de Mons. Platero: «yo tengo para mí la plena convicción de que este Seminario de Misiones es una empresa lograda, porque el Vicario de Cristo posó la mano en su cuna y le colmó de felices augurios».

SEGUNDA PARTE

LOS AGUSTINOS DE BURGOS EN NUEVA ESPAÑA

I. TRES ERMITAÑOS DE SAN AGUSTÍN Y UN SANTO PROTECTOR DE BURGOS

En verdad que fueron unos héroes legendarios y artistas insignes los que fundaron, hicieron y esculpieron la historia de la muy noble ciudad de Burgos en letras de carne, de bronce y de piedra. De estos héroes nos habla la historia medieval, el romance y la epopeya españolas. De los santos anónimos, oscuros monjes, hormigas del trabajo y de la plegaria, de los monjes de san Benito y de san Agustín, que perfumaron con el olor de su caridad y de su ciencia sus calles estrechas y sus templos de rara hermosura, nos hablan las viejas crónicas de las respectivas Órdenes citadas.

Los primeros, los monjes de san Benito, merodearon la muralla de la ciudad fundando en San Pedro de Cardeña, el cenobio recogido de donde saliera el Cid camino del destierro, dejando encomendadas al abad su esposa doña Jimena y sus dos hijas doña Elvira y doña Sol. Fundaron también los monasterios de Tardajos, camino de Villadiego; el de san Cristóbal y el de Santa María; el monasterio de Oña y el antiguo de San Sebastián, luego denominado de Santo Domingo de Silos.

Pero he aquí que tres monjes más, tres frailes ermitaños de san Agustín,

venidos de Alemania con el caballero burgalés Nuño Belchides, penetraron en el recinto amurallado. Lo hemos leído y consultado seriamente en los cronistas de la Orden: estos tres frailes echaron los cimientos del primitivo monasterio de San Andrés, que luego fue de San Agustín, morada de santos, plantel de heroicos misioneros, los cuales, llegado el momento oportuno, marcharon gozosos a la Nueva España y más tarde al Perú y otros pueblos del Nuevo Mundo, y después a Filipinas.

El P. Tomás Herrera, ilustre historiador agustino, nos habla, en su *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca* ¹³, de la fundación de este monasterio. Edificado extramuros de la ciudad —escribe—, no podemos decir con exactitud la fecha de su fundación, pero sí que debió ser antigua, acaso ya en el siglo IX ¹⁴, según el manuscrito del P. Gerónimo Román que él mismo manejó para su historia del convento. También nos dice que fueron tres monjes venidos de Alemania con el citado don Nuño, o Bruno Belchides, el cual casó con una hija del conde de Castilla don Diego Porcelos.

Este mismo historiador agustiniano pone en duda la fecha de fundación, al decir que «para afirmar cosas tan antiguas, es menester fundamento más firme» ¹⁵. Y da como fecha más probable la del año 1050, valiéndose de una crónica sobre la historia del Santo Cristo de Burgos ¹⁶, donde podemos leer lo siguiente: «Sólo esto sabemos: que reinando en Castilla y León el muy cristiano rey don Fernando, primero rey de Castilla, cuyo reino comenzó año de mil y diez y siete, fue desterrado del monasterio de San Millán de la Cogolla el muy santo varón S. Domingo de Silos. La causa de su destierro fue que, siendo prior en el dicho monasterio, no quiso consentir en cierta tiranía. Vínose entonces a tierras de Burgos; y hizo una casilla donde vivió cierto tiempo, junto al monasterio de los Hermitaños de N.P. S. Agustín, que entonces se llamaba el monasterio de San Andrés; y el valle o sitio donde tenía su asiento, y ahora lo tiene, se llamaba Semella, según se halla en ciertos privilegios antiguos, que el dicho monasterio tiene. El cual, después que fue dotado con la muy devota imagen del Santo Crucifijo, mudó el nombre de San Andrés, y llamóse de San Agustín. Porque en la capilla mayor, que entonces se llamaba de San Andrés, se puso la dicha Imagen del Santo Crucifijo; donde hasta hoy está en el claustro del dicho monasterio» ¹⁷.

13. HERRERA, T., *Historia del convento de San Agustín de Salamanca*. Imp. Gregorio Rodríguez, Madrid 1652.

14. Llega a apuntar con cierta probabilidad, basado en cronistas anteriores, la fecha del año 874.

15. HERRERA, T., o.c., c. XX, p. 159.

16. Este libro, *Historia del Santísimo Crucifijo de Burgos*, fue compuesto el año 1554.

17. Cit. por HERRERA, o.c., p. 159.

Por lo que a la estancia en Burgos y a la ermita que edificara junto al monasterio agustiniano Santo Domingo de Silos se refiere, el P. Gerónimo Román, en su *Crónica de los Ermitaños del glorioso Padre S. Agustín*, que él llama *Centurias*, y de la que se sirvió Herrera «hasta en sus diminutas noticias», nos dice que siendo él «fraile muy mozo», todavía existía la ermita del santo abad benedictino; si bien la recuerda «muy arruinada»¹⁸.

Y por lo que hace al Santo Cristo de Burgos, hoy en la catedral, no voy a extenderme relatando su peregrina historia, pues está envuelta en la leyenda medieval, y no viene al caso. Solamente deciros que, según las distintas crónicas agustinianas que he manejado para este trabajo, vivía en la ciudad de Burgos un mercader muy devoto de los agustinos, el cual, teniendo que hacer un viaje de negocios a Flandes, les pidió que rogaran por él, prometiéndoles que, a su regreso, les traería «alguna buena joya».

Pero se olvidó de su promesa. Y cuando estaba en alta mar ya de vuelta para España, sufrió, junto con los compañeros de navegación, una tormenta que duró dos días. Al cabo de los cuales, amainado el temporal, divisaron no lejos de ellos una caja a manera de ataúd flotando sobre las aguas. La recogieron y vieron con sorpresa que dentro de la misma había otra caja de cristal conteniendo un Santo Cristo casi de tamaño natural.

El mercader cayó en la cuenta de su promesa, la recogió devotamente y, llegado a la ciudad, se la entregó a sus amigos los monjes de San Andrés, que desde entonces se llamaron de San Agustín¹⁹.

II. FRAY TOMÁS DE VILLANUEVA Y EL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN DE BURGOS

Estos monjes de san Agustín seguían cantando la salmodia en el coro, mientras la hora de España, la hora de la hispanidad, la de la España conquistadora y misionera, había sonado en el reloj de la Historia.

España —como dejó escrito bellamente el P. Félix García— «después de varios siglos de aprendizaje y de afirmación de sí misma, adquiere la conciencia radiante de su destino imperial y misionero. Sabe dar la preferencia a lo religioso y la necesidad de ensanchar la creencia y de abrir más dilatados términos a la Cruz, al Bautismo y a la Lengua, moviliza todas sus energías y posibi-

18. El libro de las *Centurias* del P. Jerónimo Román, fue editado en Salamanca el año 1659.

19. Todo este relato, curioso y hasta peregrino, lo cuenta con toda suerte de detalles el citado P. Tomás Herrera, el cual a su vez cita otras crónicas e historias que también la traen. Cf. HERRERA, o.c., p. 160 y ss.

lidades, y potencia maravillosamente el esfuerzo y el ideal de un pueblo, que está en pie de cruzada permanente para que se realice la gran promesa evangélica de un solo rebaño y de un solo Pastor».

De todos es sabido —y atrás queda apuntado— que, con el descubrimiento de América, los cristianísimos reyes de España destinaron para evangelizar a sus nuevos súbditos a la Orden de San Francisco, la de Santo Domingo, la de San Agustín y la Orden de la Merced. Estas cuatro congregaciones religiosas mantuvieron el derecho exclusivo de reducción y catequización de los nativos, hasta que en 1575 la deficiencia de una de ellas —la de la Merced— agregó a este trabajo a la Compañía de Jesús. «Ya sabéis —escribía el rey Felipe II al virrey de México— que está ordenado que los monasterios de religiosos que en esas partes se hicieren y fundaren sean solamente de las Órdenes de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo y la de los Padres de la Compañía de Jesús; y que no se pueden fundar de otra Orden, por ser éstas instituidas para vivir en pobreza y menospreciando bienes propios y temporales, y también por convenir así para la conversión, doctrina y buen ejemplo de los naturales de esas partes».

La empresa, en lo que tuvo de humanitaria, movióse siempre a impulsos de un espíritu impregnado de fe y de caridad. Espíritu de fe y caridad de que rebosaban los corazones de aquellos hombres de Dios salidos de los claustros de España para evangelizar los nuevos pueblos.

El promotor de tan nobles ideales en el convento de San Agustín de Burgos fue fray Tomás de Villanueva. Él también fue quien bendijo y alentó la llama de amor que sentía arder en el ánimo de muchos religiosos, verdaderamente apostólicos y misioneros.

Y fue señalada providencia del cielo el que fray Jerónimo Jiménez de Santisteban emitiese sus votos en manos de aquel «santo limosnero de los pobres», que por el año 1519 era prior del convento salmantino. Porque Santisteban, «tocado del Señor por adalid y capitán de la gloriosa leva de soldados agustinos que debían partir para Nueva España», viendo cómo el negocio de Indias se había enfriado por el nombramiento de fray Tomás de Villanueva para provincial de la nueva provincia agustiniana de Andalucía, conoció que Dios le llamaba a él para llevar a feliz término tan noble empresa, y que su voz debía dejarse oír, en apremiante reclamo, por todos los conventos de Castilla.

Los cronistas se extienden en relatar esta primera expedición de agustinos a la Nueva España. El P. Juan de Grijalva comienza su memorable *Crónica de la Orden de N.P. S. Agustín en las provincias de la Nueva España* con las siguientes y enfáticas palabras: «Amaneció el cielo sobre la más apartada y más poblada región del Occidente cuando a Dios le plugo, y empezó a deshacer las tinieblas más espesas que jamás se vieran sobre la tierra el año 1520, cuando el

invencible Hernán Cortés con sus compañeros, en nombre de nuestros católicos reyes, se apoderaron de las Indias Occidentales, granjeando a unos y conquistando a otros, abriendo puerta a la luz del Evangelio, en que mostraron tan gran celo, que sólo les servían las armas y la industria de sosegar la fiera de los indios para que oyesen»²⁰.

Fray Francisco de Nieva, a la sazón superior mayor de la provincia citada de Castilla, bendijo de corazón la empresa misionera. Y partieron los primeros apóstoles —siete compañeros y hermanos—, arribando primeramente a la isla Española, para llegar a la ciudad de México el 7 de junio del año 1533, donde fueron hospedados por los frailes predicadores del glorioso santo Domingo²¹.

A petición de la ciudad de México, la Real Audiencia se resolvió a darles un solar para que fundasen en ella, no obstante la prohibición de la Cédula Real. «Siete religiosos de la Orden de San Agustín vinieron poco ha —comunicaba el presidente de la Audiencia al Emperador—. Háseles dado sitio para un monasterio trece leguas de esta ciudad, que es principio de una provincia, que se dice Cuisco²², para que viniendo más religiosos, se extiendan por ella». Y añadía: «Ellos han tomado otro en esta ciudad contra mi parecer».

Espléndida y gloriosa fue la labor llevada a cabo por los agustinos en Nueva España. Nos llevaría muy lejos relatarla aquí siquiera en síntesis. Tampoco es menester. Los dos cronistas que mejor se han ocupado de ella²³ se detienen con gozo y narran, a porfía, fundaciones, vidas de religiosos y hechos memorables.

Los historiadores más modernos²⁴ se limitan prácticamente a repetir lo que dicen aquéllos. El P. Bernardo Martínez —insigne obispo que fue de la diócesis de Almería— añade sobre los primeros momentos fundacionales que el Emperador Carlos V, llevado del gran amor que profesaba a los hijos de san Agustín, de modo especial a su consejero y amigo particular santo Tomás de Villanueva, les entregó la respetable cantidad de 162.000 pesos para sufragar los gastos de la iglesia y convento que proyectaban construir. La primera piedra se colocó el día 28 de agosto —festividad de san Agustín— de 1541, asis-

20. GRIJALVA, J. de, *Crónica de la Orden de N.P. S. Agustín en las Provincias de la Nueva España*. Imp. de Juan Ruiz, México 1624, fol. 1.

21. GRIJALVA, J. de, *o.c.*, libro I, cap. VI, fol. 10-11.

22. En realidad, se trataba de la ciudad de Ocuituco.

23. Ellos son el citado P. Grijalva y el P. Diego de Basalenque.

24. Entre los consultados, están BERNARDO MARTÍNEZ, en sus *Apuntes Históricos de la Provincia Agustiniense de Filipinas*. Imp. Hijos de Gómez Fuentenebro, Madrid 1909; y ATILANO SANZ, con su *Historia de los Agustinos Españoles*. Imp. Senén Martín, Ávila 1948.

tiendo al acto el virrey de Nueva España don Antonio de Mendoza, el arzobispo, que lo era entonces fray Juan de Zumárraga, y los superiores de los conventos de San Francisco y Santo Domingo.

Por su parte, el P. Atilano Sanz añade que ya en el año 1527 trataron los agustinos, de acuerdo con el Emperador, de ir a aquellas tierras, distinguiéndose por su entusiasmo en la empresa misionera el P. Juan Gallego. Pero la partida no se realizó hasta el 1533, parte por las ocupaciones de Carlos V en Alemania, y así no acababa de enviar las Cédulas reales, parte por la separación de las provincias de Castilla y Andalucía ²⁵.

Del mencionado P. Juan Gallego dicen los cronistas que tenía preparadas las cosas —después de haber trabajado tanto en aquella tarea—, y que sólo le faltaba realizar la navegación para su venida a México. Pero «Dios lo tenía dispuesto tan de otra manera, que, guardando para otros la jornada, quiso coronar tan santos deseos a este bendito padre llevándolo aquel año (el de 1531) en el convento de Burgos, donde murió santamente» ²⁶.

III. FRAY ANTONIO DE ROA, UNO DE LOS «LOS NUEVE DE LA FAMA»

Su nombre le venía de haber nacido en la histórica villa burgalesa de Roa de Duero, centinela avanzada de Castilla, codiciada de princesas y magnates del reino. En aquella aurora feliz del siglo de oro español y en una mañana de mayo en que la célebre villa de doña Urraca se asomaba desde su muralla a mirarse en las aguas del «padre Duero», dos hijos de la misma, más nobles por ser honrados, que por venir de estirpe condal, hacían entrega de su hijo Hernando a los canónigos regulares de san Agustín, en la Colegiata que levantara tiempo atrás Alfonso el Conquistador.

Pero un día el gallardo mancebo oyó que le llamaban por otros caminos, y se fue a esconder en la herida abierta del Santo Cristo de Burgos, con el propósito de permanecer allí toda la vida encerrado.

El Señor le tenía preparado otro destino. Fray Francisco de la Cruz, llamado siempre en las crónicas «El Venerable», llegó de México y pidió nuevos operarios para la viña. Hernando, que en su profesión religiosa había cambiado su nombre de pila por el de Antonio, fue de los primeros en alistarse, llegando a Nueva España el año 1536.

«Es tan admirable la vida del bendito fray Antonio de Roa, tan grandes sus penitencias —escribe textual el cronista Grijalva—, tantos sus merecimien-

25. SANZ, PASCUAL, A., *Historia de los Agustinos Españoles*, o.c., p. 64.

26. GRIJALVA, J. de, o.c., libro I, cap. I, fol. 4.

tos, que puso espanto a estas naciones y enterneció las mismas peñas que, regadas con su sangre, se ablandaron y conservan hasta hoy rastros de aquellas maravillas»²⁷.

Aparte la hipérbole, fácilmente perdonable en aquellos escritores barrocos, estamos ante un gran misionero burgalés, en tierras de América, concretamente en la Nueva España, donde su nombre —es uno de «Los Nueve de la Fama»— aún perdura entre la gente sencilla donde él predicó la Buena Nueva.

«Enganchado para las Indias —escribe uno de los cronistas—, llegó a la Nueva España el año 1536, quedando España tan triste, cuanto nosotros alegres». La celda en que vivió en el convento de San Agustín de Burgos, que fueron doce años, era tan estimada de todos, que por reverencia no permitían que ninguno viviese en ella.

Después de una vida portentosa —y nunca mejor empleada esta palabra, pues son muchos los milagros y portentos que nos refieren los cronistas mexicanos, sintiéndose gravemente enfermo, desde su misión viva, se retiró al convento de San Agustín de la ciudad de México, donde murió. Sus últimas palabras fueron éstas: «Mi alma es lavada y purificada en la sangre de Cristo, tan fresca y caliente como cuando salió de su sacratísimo costado. ¡Padre Eterno!, en tus manos la encomiendo». Era el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz, del año 1563.

IV. Y CON FRAY ANTONIO DE ROA, UNA PLÉYADE DE MISIONEROS BURGALÉSES

No querría hacerme gravoso y menos pesado a vuestra atención. Pero tampoco sería justo, desde la historia misionera de Burgos, pasar en silencio nombres tan beneméritos como los de fray Nicolás de Tolentino, formado en la escuela de santo Tomás de Villanueva, misionero en las Américas desde el 1557, y que vivió en todas partes «con grande ejemplo y muestras de santidad».

Hablando el P. Herrera de los hijos ilustres del convento agustiniano burgalés, dice que no ha encontrado noticia alguna hasta el año 1379, en el cual el día 14 de agosto, don Juan I de Castilla, confirmando algunos privilegios que el monasterio tenía en la ciudad, hizo mención de fray Pedro Padilla, doctor de la Orden, nacido en la muy noble ciudad de Burgos y procurador de todos los monasterios de la misma en España²⁸. Y a continuación, pasa a relatar la vida de veinticinco religiosos agustinos, todos ellos naturales de Bur-

27. Ibid., lib. I, cap. XX, fol. 98.

28. HERRERA, T., *Historia del convento de San Agustín de Salamanca*, l.c., p. 165.

gos, ciudad, o de la provincia, conventuales del antiguo monasterio de San Andrés, junto a la biografía de los priores del mismo, hasta el año de 1550, que son exactamente veintiuno ²⁹.

Enntre los que debemos citar, por referirse al tema propuesto, está fray Nicolás de Bíte, conventual de Burgos, pariente cercano y gran amigo del emperador Carlos V, misionero en México desde el año 1543, en que partió como jefe de la expedición, hasta el 1565 en que murió «lleno de merecimientos —copiamos textualmente al biógrafo— y virtudes, llorado por los indios, que le querían porque era bueno, de suave y bondadosa condición, tanto que le apellidaron siempre con cariño «El Noco», que entre ellos quería decir el hermano, el compatriota o camarada.

Y está, también, fray Diego de Bertavillo, hijo de nobles castellanos y confesor de don Martín Enríquez, Virrey de México, adonde pasó el año 1539, siendo dos veces provincial, un gran apóstol y, como escribe Grijalva— «un santo varón».

Otro agustino ilustre, nacido en la villa de Roa de Duero y conventual de San Agustín de Burgos, fue fray Pedro del Castillo, el cual, impulsado por las virtudes y maravillas que se contaban de su paisano, el citado fray Antonio, después de haber trabajado en la Iglesia como sacerdote secular, vistió el hábito agustiniano en el convento burgalés, pasando enseguida a Nueva España, para predicar el Evangelio entre los indios de Guaxteca.

Fray Diego de Salamanca es otro misionero agustiniano, nacido en la misma capital de Burgos, y cuya vida extensa y llena de responsabilidades resume el cronista en estas breves líneas: «Era hijo de Francisco de Salamanca y de Leonor de Orense. Profesó a 16 de junio de 1541, siendo prior el santo fray Alonso de Ávila. Pasó a la provincia de México. De allí vino a Madrid a negocios graves de las tres Órdenes Mendicantes, por el año 1563. En este año, el P. General Cristóforo Patavino le señaló por Vicario General de la Provincia de México, y el de 1566 por Visitador General de las Provincias de las Indias. Acabada la visita, volvió a Madrid, donde era prior de San Felipe el año 1574 y 1575. En este último año el rey Felipe II le nombró por obispo de Puerto Rico en las Indias Occidentales, y el Sumo Pontífice pasó la gracia en el año 1576. Vivía en su obispado el año 1582. Renunció después su iglesia en 4 de abril de 1587 y volvióse a Burgos, donde murió, y yace en un arco frontero del Santo Cristo, junto a la sepultura del Capitán Loyola» ³⁰.

Fray Gregorio de Santa María, también natural de Burgos y deudo del Contador Santotis, es otro de los agustinos que misionaron en la Nueva Espa-

29. Ibid. l.c., p. 165-69.

30. Ibid., l.c., p. 166.

ña, «en donde vivió tenido por un santo», en opinión del citado cronista Grijalva, avalada por el historiador Juan González de la Puente³¹ y que murió en el convento mexicano el año 1596.

No termina aquí la lista y el plantel de ilustres misioneros agustinos burgaleses que trabajaron en Nueva España y en otras regiones de América, aunque para muchos resulten poco menos que desconocidos. Pero están ahí, en su historia. Y Burgos cuenta con ellos. Como cuenta con el Santo Cristo, a cuyos pies divinos se formaron.

V. MISIONEROS AGUSTINOS BURGALÉSES, RUMBO AL EXTREMO ORIENTE

Los monjes de San Pedro de Cardeña, de Santo Domingo de Silos, de Oña, de Santa María de La Vid, de Tardajos y los cartujos de Miraflores seguían cantando maitines en el coro antes de abrirse en luz la mañana. Y los frailes agustinos del convento de Burgos seguían marchando a las Indias Occidentales.

América era de España y, poco a poco, los súbditos de Moctezuma y del Inca se iban acercando al Dios de los cristianos. Era preciso que Filipinas —la bella «Perla de Oriente»— fuera igualmente engarzada en la corona imperial hispana. Así lo deseaba el rey Felipe II. Habían fracasado tres expediciones consecutivas. La empresa se le encomendó, después, a fray Andrés de Urdaneta, célebre cosmógrafo, valeroso capitán y esforzado marino que, por remate de sus aventuras, había trocado en Nueva España el astrolabio y la espada por el negro sayal de agustino en la misma capital de los aztecas.

«Gloria fue de la Orden Agustiniense en el siglo XVI la conquista de Filipinas; la más cristiana, y por ende la más humana de todas las conquistas; debida mucho más que a la espada de Legazpi, que apenas tuvo necesidad de desenvainar, a la acción evangélica del citado fray Andrés de Urdaneta y sus compañeros».

Aquello vino a ser como una prolongación de la labor llevada a cabo en Nueva España. De hecho, los frailes agustinos que embarquen en un futuro rumbo a Filipinas, pasarán primeramente por México y aquí permanecerán una larga temporada, preparándose mejor para la difícil y ardua tarea que les esperaba.

Y así, en la madrugada del 21 de noviembre del año 1564 cuatro navíos españoles levaron anclas del puerto de Navidad de México, rumbo a las Islas Filipinas. Al frente de la Armada iba don Miguel López de Legazpi, designado como Capitán General por el mismo P. Urdaneta, verdadero jefe de la ex-

31. *Ibid.*, l.c., p. 167.

pedición. Con el P. Urdaneta venían los hombres que dieron comienzo a la conquista espiritual de las Filipinas: fray Diego de Herrera, Martín de Rada —primer embajador del rey Felipe II ante el emperador de China—, Andrés de Aguirre y Pedro Gamboa.

Pues bien, del convento de Burgos salieron muchos y excelentes misioneros agustinianos para el Archipiélago.

Ya en la barcada que conducía el citado Diego de Herrera el año 1576, iba fray Lesmes de Santiago, nacido en Burgos, «varón ejemplar y de admirable penitencia», glorioso mártir de la fe, pues tuvo la dicha de caer heroicamente con su jefe de expedición y con todos sus compañeros en la isla de Catanduanes, una vez que se dirigían desde la Nueva España a las Islas Filipinas ³².

En 1581, fray Miguel de Sigüenza y fray Juan de Montoya, castellanos los dos y los dos profesos del convento de Burgos, partieron para el Archipiélago de Magallanes, llevando en el alma el afán de conquista cristiana. De Montoya aseguran los cronistas que fue un verdadero santo, un teólogo profundo, un gran constructor de historia, un alma apostólica y ejemplar, que, no contento con la labor efectuada en Filipinas, pasó en 1586, «sin más ayuda que su fe», al reino de Siam, fundando un convento en la ciudad de Macao, y que más tarde se perdió ³³. A propósito de este religioso, el P. Elviro Jorde Pérez dice en su *Catálogo Bio-bibliográfico* que «pasma ver la actividad y abnegación de nuestros antiguos religiosos en sus espirituales empresas. No les bastaba haber reducido a vida civil y cristiana a gran parte del pueblo filipino, extendiendo su celo hasta la China, sino que, ansiosos de llevar el Santo Nombre de Dios por todo el mundo, determinaron mandar al reino de Siam y Macao varones apostólicos que supieran realizar las aspiraciones de nuestra Provincia» ³⁴.

Y como estos agustinos castellanos, también fray Bernardo Quevedo, que saldrá para Oriente en 1582, y fray Francisco de Puga, natural de Aranda de Duero, que lo hará dos años después. De fray Juan de Ávila, hijo del observantísimo convento de Burgos, escribirá el cronista: «Era un varón de grandes letras y acrisolada virtud. Llegó a estas Islas el 1590 y fue escogido con cuatro

32. JORDE PÉREZ, Elviro, *Catálogo Bio-bibliográfico de los Religiosos Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de las Islas Filipinas*. Ed. Colegio Santo Tomás, Manila 1901, p. 17.

Este cronista nos dice en nota que, presuroso volvía a Filipinas el P. Herrera con sus nueve compañeros, cuando una borrasca desatada los hizo naufragar, pudiendo arribar a duras penas a la isla de Catanduanes, donde murieron todos a manos de los salvajes isleños.

33. JORDE PÉREZ, E., *o. c.*, p. 25-26.

34. Se refiere a la provincia agustiniana, esencialmente misionera, del Stmo. Nombre de Jesús de Filipinas.

compañeros más para evangelizar a los habitantes de los montes de Iloilo, en donde con su arrebatadora elocuencia y admirables hechos, no sólo desterró de entre los mismos las bárbaras supersticiones y abominables costumbres, sino que logró formar hermosos pueblos, que fueron modelo de religiosidad y cultura»³⁵.

La tradición misionera burgalesa y agustiniana continuaba; hasta el punto de que rara será la barcada real en que el Procurador de Filipinas no enrole a algún religioso del convento de Burgos. El Vble. Simón Dantes lo hará en la de 1601; fray Pedro Morales, natural de la Pernía, en la de 1604; fray Alonso Baraona, excelente misionero, prudente y sabio pastor, que llegó a ser Provincial en 1617, en la muy numerosa y brillante de 1606; fray Pedro Ramírez, nacido en la misma capital de Burgos, religioso ejemplar y a quien cupo la suerte de vestir el hábito, siendo prior de Manila, al beato Hernando de Ayala, protomártir agustino en el Japón, en la que dirigió Ocampo en 1617. Con este religioso venían también los agustinos burgaleses fray Agustín Carreño, Martín Errasti, Juan Gallegos y Tomás de Villanueva, este último pariente del santo arzobispo de Valencia, misionero en Bisayas durante muchos años, en donde, haciendo honor a su apellido, repartió la caridad de Cristo entre sus fieles a manos llenas.

Fray Diego de Ordax partirá para el Extremo Oriente el año 1624. De este misionero se ha podido escribir acertadamente lo que sigue: «Dotado de todas las cualidades que hacen a un superior ser querido y respetado a un mismo tiempo de sus súbditos, y avaloradas aquellas por una modestia que le hacían buscar los puestos más humildes de la Corporación, era imposible que los llamados a elegir el personal más apto para el gobierno de la Provincia, no fijasen sus ojos en él»³⁶. Y a continuación el cronista va detallando los muchos y delicados puestos de responsabilidad y oficios que desempeñó, para terminar con este elogio: «Huelga añadir que el P. Ordax fue uno de los Prelados más eminentes que ha tenido nuestra Provincia por su rectitud y acierto en el gobierno de la misma; y que su muerte fue muy llorada por todos los amantes de la disciplina y observancia monástica».

Siguen en nuestras crónicas y en los catálogos de los historiadores de la provincia misionera del Stmo. Nombre de Jesús de Filipinas los nombres de fray Alonso Coronel, fray Pedro de Mesa, Vble. Juan García, que fue Procurador y Definidor General, gran amigo del papa Inocencio XI, de quien obtuvo muchos y señalados privilegios para su Corporación.

Por el año 1679 nos encontramos con fray Pedro de Orense, natural de

35. JORDE PÉREZ, E., *o.c.*, p. 38.

36. *Ibid.*, p. 103.

Burgos, hijo de los vizcondes de Amaya, patronos del Santo Cristo; año en que abandona su patria chica y su noble linaje, renunciando al gran crédito que había adquirido como teólogo eminente, y embarca para el Archipiélago de Magallanes. «Dotado de bellísima índole, gran ingenio y demás prendas que hacen del que las posee objeto de simpatía y veneración, no fue poco el sentimiento que causó en Manila su temprana muerte acaecida en el pueblo de Bigaá al año siguiente de su arribo a estas playas»³⁷. Este religioso se había traído como compañeros de expedición y hermanos de hábito del convento burgalés a fray Felipe García, natural de Villadiego, a fray Esteban de la Fuente, del mismo Burgos, a fray Simón Martínez, que había nacido en el hermoso valle de la Bureba; a fray Juan de Haro, Felipe de Castro, Fernando de Santibáñez, Pedro de la Sierra, Juan Medrano, Diego Blanco y Agustín García.

Todavía en el siglo XVII seguían marchando ilusionados y jubilosos los misioneros al reclamo divino. Uno de ellos, fray José López, tan sabio como humilde, hábil y distinguido catedrático de la Universidad de Alcalá, el cual embarcó para Filipinas el año 1684, trabajando incansable y rehusando siempre en su humildad altos cargos, incluso la codiciada por muchos mitra de la ciudad de Cebú.

Terminando la centuria barroca y adentrándose ya en el siglo XVIII, pero sin cerrar la nómina, aparece fray Félix de Trillo. Había visto su luz primera en la misma ciudad del Cid y profesado en el convento de San Felipe el Real de Madrid. «Después de regentar una cátedra con general aplauso en el célebre convento de Salamanca —seguimos textual a Elviro Jorde—, se afilió a la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas, llegando a Manila el 1718. En el pueblo de Pásig, que administró repetidas veces, trabajó constantemente por introducir mejoras en todos los ramos de la industria y comercio; trazó magníficas calzadas; hizo cercar sus famosas huertas, y persiguió con tenacidad todo aquello que pudiera perjudicar en lo más mínimo el bienestar de sus queridos feligreses. Bajo su inteligente dirección, levantáronse de nueva planta el grandioso convento de Pásig y el no menos magnífico beaterio de la Concepción, que más adelante sirvió para educar a la juventud estudiosa del citado pueblo y de sus limítrofes, por no haber aprobado S.M.C. el laudable proyecto del P. Trillo, que deseaba sirviese para la admisión y morada de las Hermanas Terciarias de nuestra Orden. Electo prior de Manila en 1728, supo desempeñar tan a satisfacción de todos su cometido, que mereció ser elevado al cargo de Provincial en 1731»³⁸.

37. Ibid., p. 146.

38. Ibid., p. 230.

VI. EL REAL COLEGIO DE PP. AGUSTINOS-FILIPINOS DE VALLADOLID Y LOS AGUSTINOS DE BURGOS

Los Procuradores Generales de Misiones encontraban muchas dificultades en la corte borbónica para preparar sus barcadas y bastante frialdad —todo hay que decirlo— en los conventos de Madrid, Burgos, Salamanca y Toledo. Avanzaba el siglo llamado de «la razón», «el siglo de las luces», en el que la incredulidad, el deísmo y la francmasonería hacían mella en las gentes cultas, afanosas de reformas sociales y fisiocráticas. Las ideas de Voltaire, Montesquieu y Rousseau conmoverán en breve los viejos estados de la decadente Europa.

Por todo ello, era necesario y urgente conseguir una fundación en la propia Península, un convento de nueva planta ³⁹, con el fin único y exclusivo de formar misioneros para Oriente. De este modo, surgió el Real Colegio de PP. Agustinos-Filipinos de Valladolid.

Nos llevaría muy lejos hacer un resumen del glorioso historial de este colegio. Lo que aquí interesa destacar es que ahora vendrán desde los pueblos de la provincia de Burgos a la ciudad del Conde Ansúrez hombres que, formados en este nuevo plantel de misioneros, partirán luego a las citadas islas Filipinas, a China y nuevamente a las Repúblicas de Sudamérica. Y ahí están sus nombres. Tampoco quiero cansaros citando a todos. Pero es de toda justicia nombrar a Fray Matías Rodríguez, natural de Bustillo del Páramo, estudiante que fue primeramente en el colegio dominicano de Burgos, profeso luego en la Orden de San Agustín y celoso misionero de Filipinas, famosísimo en el pueblo de Tondo.

Fray Cayetano López, natural de Covarrubias, supo unir a su vasta ilustración —escribe el biógrafo— la piedad y los trabajos apostólicos del más celoso misionero; «cualidades todas que le brindaron las mayores dignidades de la Orden y le granjearon la fama de sabio y prudente superior» ⁴⁰.

En la primera mitad del siglo XIX nos encontramos con otro religioso agustino burgalés, humilde de verdad, amante del retiro, querido y admirado en Roma, adonde le llevaron sus relevantes prendas al lado del P. General de la Orden, después de haber pasado muchos años en Filipinas. Se llamaba fray Agustín de Oña. Había nacido en Belorado y profesó en el convento de Valla-

39. Este nombre recibían las reformas económicas y sociales que trataron de llevar a cabo los borbones en España, desde el rey Felipe V.

40. Sobre este último aspecto, el biógrafo escribe que «sus trabajos canónico-morales son de gran valía, porque además de la copia de datos con que dilucida las cuestiones más dificultades del derecho eclesiástico, brilla en los mismos una rectitud de juicios e imparcialidad que encanta. Cf. JORDE PÉREZ, E., *o. c.*, p. 323.

dolid el año 1842. Destinado a Filipinas, fue nombrado párroco del pueblo de Bauang. Tuvo que abandonar la cura de almas, que es lo que él más deseaba y donde se encontraba muy a gusto, para seguir la obediencia que le llamaba a ocupar cargos en la Provincia. Regresó a España en 1851 con el oficio de Maestro de Novicios en Valladolid, colegio del que fue también rector. Ya en Roma, fue secretario del Rmo. P. Cuixart. Su muerte ejemplar ocurrió en la misma Ciudad Eterna el día 16 de marzo de 1896 ⁴¹.

Otro gran apóstol burgalés, activo párroco en tierra de tagalos, fue el P. Benito Varas, del cual escribe su biógrafo que construyó los magníficos convento, iglesia y cementerio de Lipa. Trabajó mucho para aclimatar el café en la provincia de Batangas, enseñando su cultivo a los feligreses. Urbanizó aquella población. Abrió varias carreteras. Levantó dos puentes en la jurisdicción de dicha villa. En suma: «si Lipa es en la actualidad modelo de poblaciones cultas —escribe literalmente—, débese en primer lugar a este bondadoso párroco, que empleó todas sus fuerzas en fomentar en el ánimo de sus habitantes el amor al trabajo y a la virtud, fuente y origen de la prosperidad de los pueblos» ⁴².

Nos quedaría por resaltar a los heroicos misioneros de China, inmenso país que está viviendo un momento difícil y un compás de espera, en lo que al cristianismo se refiere, y donde los agustinos mantenían hasta su expulsión en los días de Mao-Tse-Tung una Vicaría Apostólica y dos Prefecturas, que podrían ser —para vuestra localización— como tres diócesis españolas.

Como broche de oro, quiero resaltar el nombre del P. Agustín Villanueva, natural de Pradoluengo, el cual, junto con el asturiano P. Elías Suárez, abrió nueva ruta misionera en el misterioso país de las pagodas, en la región de Hunan Septentrional. «Difícil es narrar en breves líneas —escribe el historiador de aquellas misiones agustinianas— los hechos heroicos del insigne P. Agustín durante su permanencia en el celeste imperio. Su alma compasiva afligíase profundamente en presencia de la ceguedad y barbarie de los chinos; y doliéndose del ningún fruto que obtenía con sus predicaciones, exclamaba anhelante: ¡Oh si el Señor nos concediese la dicha de regar con nuestra sangre la viña de nuestro Hunan Septentrional hasta hoy infecunda! Arranque sublime y digno del que, enamorado de su Dios, sólo encontraba deleite en ganar almas para el cielo. Deseaba la palma del martirio, que si a la verdad plugo a Dios no concedérsela, en retorno, herido de muerte en fuerza de los trabajos y privaciones padecidos por la justicia, entregó plácidamente su alma al Criador

41. MERINO, M., *Agustinos Evangelizadores de Filipinas (1565-1965)*. Ed. Archivo Agustino, Madrid 1965, p. 115.

42. JORDE PÉREZ, E., *o.c.*, p. 484.

en Manila, el 1 de abril de 1886, adonde se había retirado a recuperar sus perdidas fuerzas».

El P. Bernardo Martínez, que dedica a estos dos heroicos misioneros citados muchas y hermosas páginas, en el volumen de sus *Apuntes* sobre las Misiones Agustinianas en China ⁴³ dice que el continuo padecer y las contrariedades sufridas en el Vicariato, hicieron tal mella en el bendito P. Agustín, que en febrero de 1887, vióse en la precisión de retirarse a Hankow, para desde aquel punto continuar a Filipinas.

«Tan enfermo estaba al salir esta vez de Hunan —escribe el P. Benito González— ⁴⁴, tan consumido y débil, que sólo podía hablar resollando. En Hankow observó el médico que los pulmones hallábanse enteramente podridos. Fue siempre delicado, pero la virtud de Dios le iba sosteniendo. Con no pocas dificultades, y acudiendo a estrategemas, pudo ser trasladado a Filipinas. Al pasar por Hong-Kong, el capitán del barco que había de salir para Manila, no quiso admitir a bordo al P. Agustín, por temor de que no llegase a su destino. Pero al Procurador de los dominicos se le ocurrió dar de afeites al enfermo, en tal forma, que parecía otro, y así fue admitido en el barco sin dificultad alguna. Tres días después de su llegada a Manila, falleció santamente en nuestro convento. Ocurrió su muerte el 1 de abril de este mismo año 1886. El ángel del que fue su inseparable compañero y amigo del alma, P. Elías, vino también a recibir el último suspiro del P. Villanueva, para unirlos otra vez en el cielo» ⁴⁵.

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al final de nuestra exposición y temo haberos cansado con tanto nombre ilustre burgalés. Pero, también, abrigo la esperanza de que os haya hecho revivir una página hermosa, viva y gloriosa, de Burgos, acaso inédita para muchos y con seguridad poco conocida.

Querría deciros que no he agotado la lista de misioneros agustinos de Burgos y cuyos nombres he podido ver estampados en los catálogos agustinianos y luego consultados en las crónicas y en la historia de la misma Orden.

43. MARTÍNEZ, B., *Historia de las Misiones Agustinas en China*. Imp. del Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús, Madrid 1918, p. 161 y ss.

44. El P. Benito González es otro magnífico y heroico misionero agustino en China de los tiempos actuales. En la revista «Archivo Agustiniiano» publiqué hace años una serie de trabajos históricos sobre la vida de este religioso ejemplar y las narraciones inéditas que encontré suyas y de otros compañeros en el Archivo de Provincia. Cf. APARICIO LÓPEZ, T., *Historia del Vicariato de Hunan y sus trastornos desde su fundación*. En «Archivo Agustiniiano», vol. XLVI; XLVIII y siguientes.

45. MARTÍNEZ, B., *Historia de las Misiones Agustianas en China*, l.c., p. 161-62.

Creo que ha quedado patente en mi trabajo que existe un pasado misionero brillante en esta noble ciudad de Burgos, cabeza de Castilla, «epopeya de piedra», como la llamó Teófilo Gautier. Un pasado glorioso que se proyecta hacia adelante y que invita a la meditación y al sondeo. Cuando Manuel Machado encontró en Burgos —en aquel «Burgos triste, cuya viril tristeza agobia», que diría el poeta mexicano Amado Nervo—, pero encantado y «sin accidentes que recaban la horizontalidad oceánica del suelo», con la maravilla de este habla de oro de las bocas populares que aquí se escucha, según frase bella del también escritor mexicano Valle Arizpe; cuando encontró —digo— nuestro poeta andaluz su «camino de Damasco», supo leer y entender la impeccedera tradición, cadena que suelda los tres tiempos de la coordenada histórica: pasado, presente y futuro. Supo identificar a esta tradición con la vida, y a su negación con la decadencia de la muerte, en aquellos versos que yo leí hace mucho tiempo y que sirvieron de lema a unos festejos de la ciudad castellana que, generosa, nos cobija:

«¡Ay del pueblo que olvida su pasado,
y a ignorar su prosapia se condena!
¡Ay del que rompe la fatal cadena
que al ayer el mañana tiene atado».

Burgos, 22 de julio de 1986